

El secuestro del obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano

Por ERNESTO ÁLVAREZ BLANCO

Entre el 22 de marzo y el 23 de abril de 1604, en el transcurso de la Cuaresma y antes de las Pascuas de Resurrección, el obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano llegó a Bayamo tras una relampagueante visita a las parroquias e iglesias de varias poblaciones. El Prelado halló la Villa aún revuelta debido al reciente alzamiento en masa de los bayameses, como consecuencia de las pesquisas realizadas por el licenciado Melchor Suárez de Poago, quien había sido enviado a este lugar para combatir el contrabando.

“¿Qué ocurrió allí? ¿Qué conversaciones se efectuaron entre el Obispo y las autoridades locales? ¿A qué acuerdos llegaron? –se preguntan Eduardo Torres Cuevas y Edelberto Leiva Lajara en su *Historia de la Iglesia católica en Cuba. La Iglesia en las patrias de los criollos (1516 - 1789)*, publicado en el 2008- No es posible precisarlo. De lo que sí no cabe duda es que Cabezas Altamirano cambió profundamente sus ideas sobre el contrabando, la actitud de los bayameses y el lugar hacia donde debía ser trasladada la Catedral. Si tomamos como referencia su carta al rey Felipe III del 2 de julio de 1604, su simple presencia en Bayamo resolvió definitivamente los problemas del contrabando. Según su versión, al llegar a esa Villa halló que todos estaban negociando con franceses, italianos y flamencos, pero al mismo tiempo crítica el método empleado por Suárez de Poago para poner término a esa situación porque, al condenar a muerte a muchos vecinos, había ocasionado que todos escapasen de la Villa y continuaran sus negocios ilícitos [...]” (p. 158)”.
En la misiva fechada el 2 de julio, Cabezas Altamirano informó a Felipe III que se había reservado el caso porque con “... el rigor no hacía nada por bien [...]”. De este modo, en complicidad con los rescatadores bayameses,

lanzó una venenosa saeta contra Suárez de Poago y puso manos en este asunto en aras de brindar un mejor servicio a la Corona. Para lograrlo, luego de concertarse con los alcaldes ordinarios Gregorio Ramos y Pedro Patiño, “... hechuras de la oligarquía bayamesa [...]” (p.25), al decir de César García del Pino en su libro *El Corso en Cuba. Siglo XVII* (2001), dio “... licencia a confesores señalados para que asolvieran¹ a los regatantes², supuesta la enmienda y la satisfacción de los derechos Reales de V. [Vuestra] Magd. [Majestad] y el diezmo de la Iglesia [...]”.

“... Nada nuevo –asegura García del Pino en su libro- había inventado Cabezas; era la variante de una vieja fórmula de los rescatadores, consistente en sobornar a la justicia, para que los castigara levemente por sus delitos, con benignas penas pecuniarias, lo que les permitía vivir -bajo el amparo de la cosa juzgada en un perpetuo estado de borrón y cuenta nueva, sin causas pendientes. La única diferencia estribaba en que él usurpaba el papel de los funcionarios reales en aquel enjuague y, naturalmente, quien se embolsillaba el fruto.

Todo esto lo narraba el Prelado a Felipe III en un pío lenguaje —tras el cual parece escucharse un aletear de ángeles— y le cuenta cómo el descarriado rebaño, conducido por su benemérito pastor, ha renunciado al contrabando de tal manera que los mercaderes extranjeros³, que estaban en la costa con sus navíos, se morían de hambre [...]” (ps. 25 y 26).

Agregaba luego en su carta del 2 de julio dirigi-

da al Rey que, como resultado de sus gestiones, casi todos los habitantes de Bayamo “... se vinieron a la Villa y se presentaron, y en más de veinte y siete días no hubo rescate de consideración [...]”. Todo parece indicar que lo que hizo el Obispo fue ocultar al Monarca la persistencia del contrabando en la región. La intervención de Cabezas Altamirano en estos asuntos debe de haber exasperado a Pedro de Valdés, pues de inmediato escribió al Monarca denunciando –según García del Pino en su libro- la benévola actitud de Prelado con el “... goliardesco cura de Baracoa [...]” (p. 26).

Después de haber arreglado a su conveniencia la situación de Bayamo, el Obispo partió de esa Villa en el mes de abril, al concluir la Pascua de Resurrección. Llevaba como propósito



Fray Juan de las Cabezas Altamirano.

visitar las haciendas del rico legado de Francisco de Paradas, sitas en Yara, las cuales tenían fama desde hacía varios años por el tráfico que —aprovechando su proximidad a Manzanillo—, realizaban con sus frutos los eclesiásticos a su cargo. En este sentido:

“... Si se sabe —al decir de Torres Cuevas y Leiva Lajara en su mencionada obra— que la única actividad comercial de la zona era el rescate y que, por tanto, de ser suprimida, los habitantes se verían condenados al ostracismo, no era presumible que desistieran de tan necesario comercio.

Todo parece indicar que entre Gregorio Ramos y Pedro Patiño, representantes de los contrabandistas de Bayamo, por una parte, y el Obispo, por otra, se llegó a un acuerdo muy favorable para este último. En ello no puede pasarse por alto que el Obispo conocía que la Iglesia administraba y deseaba poseer, pues aún estaban en litigio, las extensas haciendas legadas por Parada. Estas, vinculadas al comercio de rescate, le garantizarían rentas potencialmente mayores que en otras partes de la Isla, y tal es, sin duda, la causa de su cambio sobre el lugar de residencia de la Catedral, coincidente con las observaciones que, con anterioridad, había hecho el obispo Castillo de que debía trasladarse a Bayamo. ¿Fue este el precio que pagaron los alcaldes de Bayamo al Obispo para que rindiera un informe que testificara el arrepentimiento de los habitantes de la Villa? [...]” (p. 159).

Mientras tanto, en el transcurso del propio mes de abril de 1604, atracaron en Manzanillo, con el ánimo de tomar parte en algún negocio de contrabando, tres naos de diferentes naciones. Estaban estas tripuladas por unos doscientos ingleses, franceses y flamencos encabezados, según una carta escrita por el propio Obispo, por el capitán Gilberto Girón: “... corsario francés —con patentes inglesas— que apareció inopinadamente —afirma García del Pino— en la pacífica y mercantil rada manzanillera, sin ninguna consideración al amistoso comercio que allí tenía lugar, ni a los intereses de los mercaderes de distintas naciones allí congregados [...]” (p. 26) y que parecía que se hallaba, como bien afirmó con posterioridad el obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, poseído del demonio.

Enterado de que Cabezas Altami-

rano se hallaba en la hacienda Yara —ubicada en las proximidades del litoral que recorría—, Girón, a la cabeza de dos docenas de piratas, desembarcó en la madrugada del 29 de abril y secuestró al Prelado y a sus acompañantes: el canónigo Francisco Puebla y el fraile Diego Sánchez.

Estos sucesos dieron lugar, como bien han afirmado Torres Cuevas y Leiva Lajara a “... el hecho más resonante de la primera mitad del siglo XVII en Cuba [...]” (p.160), el cual motivará la elaboración en 1608 de una de las primeras obras literarias escritas en la Isla, el poema *Especulo de Paciencia*, que involucra como personaje central al propio Cabezas Altamirano.

La presencia de mercaderes de distintas naciones en Manzanillo era la mejor prueba de que el Obispo había mentido a Felipe III al informarle que el comercio de rescate había desaparecido en su Jurisdicción Eclesiástica. “... La sorpresa de los comerciantes que permanecían en Manzanillo, cuando el corsario regresó de Yara con sus prisioneros, —asegura García del Pino— debe haber sido mayúscula [...]” (p. 26).

Aquel corsario francés ponía en juego los negocios del Obispo, que incluían posiblemente gruesas sumas al crédito. Por tal motivo, sus intereses deben de haberlo hecho solidarizarse con los escandalizados bayameses —prestos siempre a negociar, pero nunca a dejarse agredir—; y puso, sobre todo, especial empeño en librarse de cualquier sospecha de complicidad con Gilberto Girón. El corsario francés, al decir del obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, “... como otros Judas, pasó a ejecutar el delito más enorme y la acción más bárbara que puede discurrirse [...] manistó⁴ [al Obispo] como al reo más famoso y vil [...]”⁵.

Resulta curioso que en otros documentos, como ocurre en una carta escrita por Cabezas Altamirano el 18 de agosto de 1604 y en otra redactada por Gregorio Ramos, fechada el 5 de julio de ese mismo año, se llame al secuestrador Señor de la Ferrier o Mosur de la Ferrier. Las misivas suscritas por Ramos y por el Obispo —afirman Torres Cuevas y Leiva— “...son ya notables por la coincidencia de ambos en una explicación de los hechos que permite emitir sugerencias y justificaciones. En las del Prelado se coloca como un verdadero héroe a Gregorio Ramos, y en la de este último, se pone como ejem-

plo de Obispo a Cabezas Altamirano. Esta explicación, doblemente intencionada, pretende demostrar que Gilberto Girón actuó contra el Príncipe de la Iglesia... *por haber persuadido a sus feligreses no resgatasen⁶ ni traten con ellos [...]*” (p. 160).

“... En este aspecto del relato —continúan ambos autores— existen algunas cuestiones que tienen el abierto interés de ocultar la verdad. En realidad, ¿qué hacía Girón por las haciendas de Parada? ¿Se trataba de un simple pirata ajeno al comercio de contrabando o era un bucanero habitual de la zona? ¿Quién era verdaderamente el señor de La Ferrier? Según Morell de Santa Cruz, los captores de Cabezas Altamirano estaban comerciando en la costa y no duda de que eran los mismos que un año antes quemaron la Iglesia. Jacobo de la Pezuela agrega otra información de interés acerca del desembarco de Girón por Manzanillo, después de haber despojado las embarcaciones en que venían de España el gobernador de La Florida Pedro de Ibarra y el asesor teniente gobernador de La Habana, Melchor Suárez de Poago [...]” (p. 160).

Aunque según Cabezas Altamirano, Gilberto Girón era de nacionalidad francesa, en realidad servía a los mercaderes ingleses e incluso venía a la Isla por orden de uno de ellos, el cual lo armó para ejercer el pillaje. Por tal motivo, hay que destacar el hecho de que Girón no era un simple y temido corsario o pirata, sino un comerciante y contrabandista que conocía bien la zona y era conocido en ella, ya que la visitaba con frecuencia. Esta aseveración queda sustentada cuando se sabe que recorrió cinco o seis leguas desde Manzanillo hasta el sitio en que se hallaba el Obispo sin ser molestado, ni tampoco sus acompañantes. Consta además que, al regresar de la hacienda, Girón y sus hombres se toparon con varias personas de la zona, las cuales no se asombraron de ver por aquellos lugares al señor de la Ferrier.

No obstante, “... si todo indica —aseguran Torres Cuevas y Leiva Lajara— que Girón tenía tratos con los bayameses y había actuado como aliado de estos contra Suárez de Poago, ¿por qué apresó al obispo? [...]” (p. 161). Ello ocurría:

“... porque pese a las relaciones entre contrabandistas residentes en la zona y mercaderes —bucaneros— fi-

libusteros de diversas nacionalidades, periódicamente se jugaban, entre ellos, malas pasadas. Cuando un bando veía la oportunidad de perjudicar al otro, lo hacía sin ningún cargo de conciencia. Con anterioridad, otro corsario francés, llamado Richard, fue atacado por sorpresa por los bayameses⁷, mientras negociaba con ellos el rescate de una fragata española. Sin el menor titubeo fue ahorcado con todas sus gentes, incluido un niño de diez años. El hijo de Richard, en venganza, tomó y saqueó Santiago de Cuba⁸ (p. 161).

Al parecer, la visita de fray Juan de las Cabezas Altamirano a las haciendas pertenecientes al legado de Francisco de Parada tenía relación con los negocios de contrabando emprendidos por el canónigo y visitador Francisco Puebla con los cueros de ganado que en ellas obtenía. Lo cierto es que, de acuerdo con su propio relato, después de dejar resuelto el *problema de Bayamo*, el Obispo -según explicó al Rey en carta fechada el 2 de julio- tuvo necesidad de ir a visitar las haciendas de Parada con el administrador de ellas, el Padre Francisco Puebla. La visita era justificada además en la referida carta, al asegurar el Obispo al Monarca que existía la imperiosa necesidad de "... sacar un brazo de río por otra parte de donde corría porque perecían los caballos de las dhas [dichas] haciendas en el potrero por falta de agua [...]".

No obstante, volviendo al punto de partida, como bien han afirmado Torres Cuevas y Leiva Lajara:

"... Si se tiene en cuenta que el padre Francisco Puebla, que acompañaba a Cabezas Altamirano, era al mismo tiempo el Administrador de las haciendas de Parada y la persona acusada de ser uno de los mayores rescatadores de la zona y del país, la visita del Obispo puede haber estado vinculada a otras razones. Existe la posibilidad, deducible de la documentación de la época, de que Cabezas intentara en realidad organizar en beneficio propio el comercio de contrabando que realizaban diversos miembros de la Iglesia, a quienes, además, protegió a partir de ese momento [...]" (p. 159).

Cabezas Altamirano en su carta a Felipe III del 2 de julio constantemente se niega a aceptar su participación en el comercio de rescate, afirmando que había ido a Yara y a otras haciendas cercanas "... porque le dijeron que en aquel tiempo los negros de las dhas

[dichas] haciendas se ocupaban en resgates⁹ y así partimos de aquí el Alcalde Gregorio Ramos y yo para este efecto [...]".

El capitán Gilberto Girón, quien conocía bien el lugar, fue directo al bohío en donde acostumbraba pernoctar el cura Puebla, quien se hallaba dormido y en compañía del Prelado. Según contó después Cabezas Altamirano:

"... Estando durmiendo en el bohío principal, que es una casa de paja, al amanecer sentimos ruido el visitador y yo, que allí estábamos solos, y cuando salimos en camisa a ver lo que era, por presto que nos retiramos hubieron de peligrar nuestras vidas, porque un capitán francés llamado Gilberto Girón, había rodeado el bohío con sus postas y había herido de muerte a un negro de las haciendas y a un español de los tres que estaban durmiendo en la antepuerta, y muriera otro si no fuera por un perro que conmigo llevaba que hirió el capitán cuando le tiró al español. El francés mandó a poner fuego al bohío, y así no tuvimos tiempo ni armas con que resistir. Entraron los soldados y a mí me sacaron en camisa, maltratado y con muchos golpes, de manera que con el mosquete me hubieron de quebrar una pierna, y al salir me tiró uno una estocada, y si no me hubiera visto la corona de la cabeza, me matara [...]"¹⁰.

De inmediato, sigue contando el Obispo:

"... nos ataron con los brazos atrás, y al visitador lo mancornaron con otro español que llevaban atado. Ambos íbamos desnudos y descalzos y yo sólo en camisa, con una sábana revuelta al cuerpo, que al poco tiempo me quitaron. Y un español que había llegado de La Habana aquella noche y que iba también atado, de dos pares de calzones que llevaba me dio uno. Pasamos mucho trabajo por el gran sol que había y estar la tierra quemada. Verdad que a las seis leguas de la playa apareció un hidalgo de Puerto Príncipe, llamado Juan Rodríguez de Cifuentes, que vivía en un ható cercano, el cual, arriesgando su vida, me ofreció el caballo en que viajaba y me acompañó a pie hasta el navío, porque aunque me dejaron subir al caballo, y en otro al visitador, nos pusieron a cada uno un francés de guardia a las ancas [...]"¹¹.

El Obispo estuvo en el navío cerca de ocho días; y aunque el Capitán no quiso hablar enseguida con él, en

cuanto tuvo oportunidad, el Prelado le preguntó cuáles eran las causas de su actitud hacia él, a lo que este contestó:

"... que un mozo que había ido a rescatar con ellos ropa por unos cueros a nombre mío se les había ido con la ropa y aún estaban esperando los cueros, y que un clérigo cuyo nombre callo, pues ya su Prelado ha tomado a cargo el castigarle, les había burlado de la misma manera. Y que en total la gente de Bayamo le debía como seiscientos cueros, y que esperando esta paga se hallaban sin [nada] de comer, por lo que irritados habían hecho lo que hicieron [...]"¹².

Existe una versión documental de los hechos suscrita por fray Juan de las Cabezas Altamirano y que se conserva en el Archivo General de Indias de Sevilla. En el documento, el Prelado afirma que Gilberto Girón le contestó que la causa de su secuestro era que: "... un mozo natural de esta Villa había ido a resgatar¹³ en mi nombre cincuenta y dos cueros y que estando jugando a los bolos en la playa había hecho q. [que] iba tras la bole¹⁴ y se le había huido con la ropa por el monte, y que un religioso cuyo nombre no pongo aquí porque ya su Prelado ha tomado el cargo del castigo se burlaba del habiéndole llevado mucha ropa de resgate¹⁵ y que le debían otras personas hasta seiscientos cueros y que esperando esta paga por no tener de comer como irritados y necesitados habían hecho lo q. hicieron [...]".

¿Habría urdido el Obispo esta trama para limpiar ante las autoridades de la Isla, el rey y sus superiores eclesiásticos la fama de rescatador que se había ganado en poco tiempo? Eso quizás nunca lo sabremos; pero a veces, al leer los documentos de la época, nos parece que el Obispo propició el secuestro, aunque —de seguro— nunca pasaron por su mente las humillaciones y vejaciones a las que fue sometido. No obstante, logró por esta vía convertirse en un mártir de la iglesia en Cuba así como librarse de las acusaciones referidas al contrabando que pesaban sobre él y sobre algunos de sus más cercanos colaboradores.

Finalmente, Cabezas Altamirano le propuso a Girón que lo soltase para ir a buscar, con objeto de pagar la deuda, los seiscientos cueros. Mientras tanto, el Cabildo de la villa de Bayamo decidió realizar una investigación para saber si los que comerciaban con Gi-

rón lo habían traicionado en realidad. Asimismo acordó requerir al secuestrador, lo más pacíficamente posible, para que pusiese en libertad al Obispo.

El señor de La Ferrier cometió un grave error al no avenirse a las propuestas del Prelado y del Cabildo de Bayamo, pues llegó a creer que su posición era más ventajosa y quiso sacar de ella el mejor partido. Por tal motivo, exigió que se le pagase lo que se le debía y además un rescate de cinco mil piezas de cuero, dos mil ducados y otras ganancias.

A esta petición siguieron varias conversaciones; se aceptó finalmente reducir la cantidad de ducados a mil 500, al parecer como pago de las ropas que le habían robado; pero Girón exigió que se le dieran, a cambio del Obispo, mil 80 piezas de cuero, 60 cargas de cazabe y 200 escudos.

Gracias a la intervención de un capitán llamado Pompilio Gaetano¹⁶, el cual pasaba por el lugar de los hechos, se logró que Girón enviase a tierra al Prelado, por hallarse enfermo y peligrar su vida. No obstante, se acordó que el cura Francisco Puebla quedara en poder de los secuestradores hasta que los bayameses pagaran el rescate convenido de antemano.

Según el propio fray Juan de las Cabezas Altamirano, cuando salió del navío se le hicieron "... salvos y mucha fiesta. La segunda vez llevé siete armas de fuego para mi defensa, acudió Jácome Milanés y me informó de cómo los franceses saltaban cada día a tierra con tanta seguridad como si estuvieran en Francia, y que era fácil cogerlos [...]"¹⁷.

El Cabildo de Bayamo determinó no cumplir con lo pactado y atacar con objeto de destruir a Girón y a su gente. Para aniquilar a los corsarios, las autoridades bayamesas contaron desde el primer momento tanto con la ayuda de los contrabandistas extranjeros, cuyos barcos se hallaban surtos en la rada manzanillera, como de los pobladores españoles y de los indios y negros de la zona, armados muchos de ellos con sus instrumentos de trabajo.

Finalmente, el capitán Gregorio Ramos, "... a título de que iba para que los franceses no me ofendiesen, llevé consigo a todos los que encontré en el camino, de manera que entre negros e indios, la gente española y la que conmigo estaba, se juntarían hasta veintisiete personas. Se enviaron unos cueros por delante y una carta al capitán

francés para que los saliese a recibir y les entregara a Francisco Puebla, que tenían como rehén [...]"¹⁸.

Temiendo una celada, los hombres del capitán Gilberto Girón no quisieron entrar en tratos con el negro que llevaba los cueros y la carta pero, como al pirata "... le pareció cosa de poco valor que los suyos titubeasen con diez y ocho hombres bien armados con diez mosquetes y ocho picas [...]"¹⁹, trajo a Francisco Puebla.

El alcalde Gregorio Ramos, a pesar de ver al capitán Girón "... tan bien puesto en orden de guerra [...]"²⁰; "[...] dio el Santiago²¹ y salió a ellos se dio la batalla y mataron al Capitán [...]"²². Fue el negro esclavo Salvador Golomón, quien se destacó durante el transcurso del combate por su valor y audacia, el que le cortó al corsario francés con un machetín la cabeza. A pesar de las pocas armas de fuego con que contaban los bayameses, como resultado de la refriega, sólo tres o cuatro franceses lograron escapar con vida.

Fray Juan de las Cabezas Altamirano pidió el 2 de julio a Felipe III que premiara por sus servicios al alcalde Gregorio Ramos, agregando: "Yo en su nombre como Prelado de esta Isla vengo indigno a V. [Vuestra] Magd. [Majestad] pido y supco. [suplico] que los culpados en materia de rescate²³ y que se hallaren en esta refriga²⁴ V. Magd. les conceda perdón pues proponen la enmienda en lo adelante y al Capitán y a los que en esta materia no están culpados, V. Magd. les premie como de tan larga mano espera [...]".

Al final, lo que dio mayor transcendencia al secuestro de fray Juan Cabezas Altamirano y a su rescate —en el cual los únicos heridos de la tropa bayamesa de Gregorio Ramos fueron indios— fue la elaboración, en 1608, del poema *Espejo de Paciencia* por el escribano de origen canario, radicado en la villa de Santa María del Puerto Príncipe, Silvestre de Balboa Troya y Quesada, quien se inspiró en estos sucesos para "... mostrar al Obispo como espejo de virtudes [...]"²⁵.

Finalmente, fray Juan de las Cabezas Altamirano entró triunfalmente a Bayamo, pero poco después se trasladó a Santiago de Cuba, en donde su secuestro había provocado gran consternación; a tal punto que en los templos y casas particulares santiagueras se elevaron plegarias y rogativas diarias, que fueron en aumento según trans-

currieron los ochenta días que duró el cautiverio del Prelado.

El Obispo halló la Catedral de Santiago de Cuba reducida a cenizas por los corsarios que la habían atacado en 1603. De inmediato dio órdenes de repararla, al igual que al resto de los templos dañados. También dedicó sus esfuerzos a la construcción de una residencia episcopal. Al regresar a La Habana, Cabezas Altamirano ordenó fabricar, en la calle de los Oficios, una casa para que sirviera de morada a sus sucesores.

Notas:

- 1- Absolvieran.
- 2- Rescatantes.
- 3- Fundamentalmente franceses.
- 4- Maniató.
- 5- Citado por Don Fernando Ortiz en su libro *Historia de una pelea cubana contra los demonios*.
- 6- Rescatasen.
- 7- Este hecho ocurrió en 1586.
- 8- Este suceso tuvo lugar en 1603.
- 9- Rescates.
- 10- Documento citado por Francisco Mota en su libro *Piratas y Corsarios en las costas de Cuba*.
- 11- *Ibidem*.
- 12- Documento citado por Francisco Mota en su libro *Piratas y Corsarios en las costas de Cuba*.
- 13- Rescatar.
- 14- Bola.
- 15- Rescate.
- 16- Según el obispo Cabezas Altamirano, este Capitán era católico, aunque había contraído matrimonio en Inglaterra.
- 17- Documento citado por Francisco Mota en su libro *Piratas y Corsarios en las costas de Cuba*.
- 18- *Ibidem*.
- 19- Documento citado por Francisco Mota en su libro *Piratas y Corsarios en las costas de Cuba*.
- 20- *Ibidem*.
- 21- Silvestre de Balboa, en su poema *Espejo de Paciencia*, escrito cuatro años más tarde en 1608, pone también en boca de los que fueron a rescatar al Obispo el grito de guerra "¡Santiago, cierra España!", heredado de las luchas contra los moros.
- 22- AGI: Santo Domingo, 152.
- 23- Rescate.
- 24- Refriega.
- 25- Torres Cuevas, Eduardo y Edelberto Leiva Lajara: *Historia de la Iglesia católica en Cuba. La Iglesia en las patrias de los criollos (1516 - 1789)*, Ediciones Boloña y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, pág. 164.